

LA DEMANDA DE CIENCIA: ESBOZO DE UNA SOCIOLOGÍA DE LOS DISCURSOS EPISTEMOLÓGICOS EN TRABAJO SOCIAL¹

JOSÉ LUIS MORENO PESTAÑA
UNIVERSIDAD DE JAÉN

“La práctica está siempre subvalorada y poco analizada, cuando en realidad, para comprenderla, es preciso poner en juego mucha competencia teórica, mucha más, paradójicamente, que para comprender una teoría”

Pierre Bourdieu

RESUMEN

Este artículo analiza tres cuestiones. En primer lugar, la delimitación epistemológica de dos tipos de conocimiento. En segundo lugar, la relación entre descripción y producción de la realidad social a partir de una consideración sociológica de la diferencia entre constativo y performativo. En tercer lugar, las razones sociológicas de la demanda epistemológica por parte de los trabajadores sociales y de la oferta proporcionada por los dedicados a analizar intelectualmente el trabajo social.

PALABRAS CLAVES: Sociología del trabajo social, epistemología del trabajo social, sociología de los discursos filosóficos, Pierre Bourdieu, Ervin Goffman.

ABSTRACT

The aim of this paper is to enlighten the alleged need of epistemology of social work. This has lead, I claim, to the social work to go along wrong ways. I analyse three issues. First, I address the difference between two types of knowledge. Second, I study the relation description/production of social reality out from the sociological view of distinction between constative and performative uses of language. Finally, I suggest some sociological motives behind the alleged epistemological need of social work and I show the character of the constructs offers by the intelligentsia to the social workers.

KEY WORDS: Sociology of social work, epistemology of social work, sociology of philosophical discourses, Pierre Bourdieu, Ervin Goffman.

La referencia a la ciencia es una parte integrante del discurso de los trabajadores sociales. Para aclarar qué se juega tras esta referencia, realizaré varias operaciones. En primer lugar, diferenciaré -de manera muy rápida y sumaria- entre dos modos de producción del conocimiento. Esto me va a permitir descartar la referencia a la ciencia por inapropiada para pensar las prácticas de trabajo social. En realidad, podría argumentarse que la palabra

¹ Este texto ha mejorado gracias a la lectura y comentarios de Belén Agrela, Enrique Martín Criado y Damián Salcedo.

² Alguien podría decir que soy demasiado pesimista. Al fin y al cabo, aunque el trabajo social no sea una

ciencia se utiliza hoy de forma muy elástica y, por tanto, también el segundo modo de producción del conocimiento -en el que incluiré al trabajo social- merece la denominación de científico -por más que ofrezca *otra* forma de ser científico-. Yo prefiero restringir el uso del vocablo ciencia. Con ello, no quiero decir que aquello que no sea científico contenga una diferencia negativa -o positiva- respecto de aquello que sí lo es. Se trata de regímenes de práctica humana diferentes. Creo que presentarlos como tales -un régimen teórico y un régimen praxeológico y no confundirlos proporcionándole excesiva cobertura al término ciencia- procura rigor y claridad de pensamiento: el vocablo ciencia acumula demasiados malentendidos cuando se aplica a una práctica como el trabajo social.² En segundo lugar, esbozaré brevemente las vinculaciones entre teoría y realidad social. Comenzaré señalando la vinculación entre enunciados acerca del mundo social e intervención en el mundo social. Continuaré mostrando muy brevemente cómo el psicoanálisis pensó la relación entre diagnóstico y poder, una lección que ayuda a pensar el régimen discursivo y práctico del trabajo social. En tercer lugar, utilizaré una división de los diferentes objetos que construye en su práctica el trabajo social y plantearé una hipótesis sociológica del deseo de ciencia entre los trabajadores sociales. Seguidamente, ofreceré ciertos criterios para pensar la respuesta que el mundo académico e intelectual del trabajo social ofrece a esa demanda de ciencia.

Mi propósito en este texto es mostrar cómo podría analizarse un aspecto recurrente del discurso de los profesionales y los intelectuales del trabajo social. Lo haré de forma muy resumida y consciente de que existen muchas cuestiones discutibles en mis planteamientos que para ser bien comprendidos necesitarían un desarrollo muchísimo más amplio (en particular, la cuestión del régimen argumentativo del trabajo social que por problemas de espacio no exploro en este texto). Aquello que digo sería aplicable a otros dominios del saber y la práctica profesional supuestamente más nobles -por ejemplo, la economía-. Por tanto, el acercamiento que propongo no degrada al trabajo social -tampoco lo ennoblece-: intenta ayudar a eliminar ciertos mitos que quizá impiden comprender qué se hace cuando se realiza buen trabajo social.

LOS DOS MODOS DE PRODUCCIÓN DEL CONOCIMIENTO

Existen dos modos de organizar y validar las prácticas de conocimiento de la realidad. En primer lugar, están las prácticas de conocimiento cuya calidad se determina en un espacio científico regulado. Ese espacio científico se caracteriza por un control de las condiciones iniciales desde las que se extrae un enunciado -puede ser un laboratorio o una muestra de entrevistas- y su comparación con otros contextos idénticos -es la posibilidad de las ciencias de la naturaleza- o “emparentados” como sucede en las ciencias de la sociedad.³ Los interlocutores de tales producciones científicas son -conforme el campo es más autónomo⁴ -otros científicos, que funcionan como concurrentes en la lucha por el prestigio científico, pero también como instrumentos de control y de sanción de la desviación respecto a las

ciencia podría convertirse en una. Estoy desengañado de ese tipo de propósitos eternamente presentes en los discursos académicos. Hasta ahora sólo han servido para ofrecer peroratas epistemológicas sin procurar la llegada a la tierra prometida de la ciencia. Soy agnóstico sobre el futuro. Mientras llega o no, merece la pena explorar bien el presente. Véase sobre este tema Autés (1999: 237-238).

³ La expresión de contextos emparentados procede de Jean-Claude Passeron. Mientras que los contextos controlados de laboratorio permiten afirmar el control de las condiciones de las ocurrencias que se estudian, los contextos sociales desde los que se extraen relaciones entre objetos no lo permiten. Estos, a lo sumo, en tanto

normas de la ciencia.⁵ Tales conocimientos se articulan en sistemas teóricos que respecto a sus rivales contienen mayor capacidad explicativa y mayor poder de predicción.

Hay otro modo de producción de conocimiento. En él se utilizan enunciados procedentes de las ciencias pero el objetivo que se persigue no es la producción de conocimientos científicos acumulables sino conocimientos prácticos susceptibles de ser utilizados en una situación concreta. El objetivo de este segundo modo de producción del conocimiento es responder a una situación práctica determinada. Los interlocutores con los que se valida el conocimiento dejan de ser concurrentes en el trabajo científico para incluir -por principio- a todos los agentes implicados en el proceso. Entre ellos se cuentan aquellos que demandaron el conocimiento tanto como los eventuales afectados por su aplicación.

Este segundo modo de producción de conocimiento incorpora conocimiento científico. Sin embargo, la respuesta a una situación práctica determinada no puede venir dictada exclusivamente por el conocimiento científico (Gibbons, 1997: 15-16, 21). Ninguna teoría permite calcular la resistencia de materiales y aún menos la dinamización de una comunidad o el tratamiento de una persona deprimida (Thuillier, 1988: 67). Efectivamente, las situaciones prácticas están compuestas por conglomerados de relaciones que ningún discurso de carácter universal sabría descifrar automáticamente. Por tanto, los instrumentos intelectuales que se requieren tienen que incluir un momento de indeterminación y adaptabilidad importante.⁶ Por lo demás, qué se puede hacer después de caracterizar una situación (cuestión política) y qué se debe hacer (cuestión ética) -los interrogantes básicos de una situación de intervención en la realidad- son cuestiones que no pueden ser contestadas científicamente -por más que sean abordables con discursos racionales y sobre todo razonables-.

Una cuestión más para acabar con esta apretada caracterización. El segundo modo de producción de conocimiento se resuelve en contextos prácticos: las condiciones de posibilidad de la mirada escolástica, esto es, de aquella que permite considerar los problemas contextos singulares jamás repetibles íntegramente, permiten ser comparados como similares según una cierta relación. Esta distinción no carece de problemas, pero sin duda sirve para orientarse a la hora de comprender las peculiaridades del régimen científico de las ciencias de la sociedad. Véase sobre esta cuestión Moreno Pestaña (2004).

⁴ Cuando el campo científico es menos autónomo, tienden a hacerse valer como interlocutores agentes procedentes de otros campos como el periodístico o el político: no es impensable un sociólogo consagrado como tal por la acción del mundo periodístico o político; sí lo es imaginarse un matemático. Véase sobre esta cuestión Bourdieu (2001: 167-173).

⁵ Como escribía Merton: “El científico no está frente a una clientela de legos como lo están el médico y el abogado, por ejemplo. La posibilidad de explorar la credulidad, la ignorancia y la dependencia del lego, se reduce así considerablemente. El fraude, la trampa y las afirmaciones irresponsables (el charlatanismo) son aún menos probables que en las profesiones de “servicios”. En la medida en que la relación entre el científico y el lego adquiere importancia, surgen incentivos para eludir las normas de la ciencias. El abuso de autoridad de expertos y la creación de seudociencias entran en juego cuando las estructuras de control ejercidas por colegas calificados se hace ineficaz” (Merton, 1985: 367).

⁶ Como escribía Aristóteles (1996: 236): “Tratándose de cosas indeterminadas, la ley debe permanecer indeterminada como ellas, igual a la regla de plomo de que se sirven en la arquitectura de Lesbos, la cual, como es sabido, se amolda y se acomoda a la forma de la piedra y no queda rígida, pues de este modo el decreto especial se acomoda a los diversos negocios que se presentan”.

⁷ Ciertamente, esto no quiere decir que un agente implicado en una relación característica de este segundo modo de producción de conocimiento no pueda también producir conocimiento científico. Puede hacerlo siempre y cuando ocupe una posición diferente además de la de agente implicado praxeológicamente. Un ingeniero puede además ser geólogo y un trabajador social puede además ser sociólogo o psicólogo: lo importante es comprender

del mundo sin urgencias prácticas y, por ello, consagrarse a la resolución de problemas teóricos, se encuentran ausentes (Bourdieu, 1997: 64-65). En ese sentido, los agentes implicados en este segundo modo de producción del conocimiento utilizan conocimientos científicos, pero la propia estructura de su relación de conocimiento les impide producirlos (lo cual no quiere decir que no produzcan conocimiento. Es solamente de otro orden diferente al científico).⁷

EL BISTURÍ PARA SER EFECTIVO DEBE CORTAR

Agnes Heller (1998: 62-63) consideraba que una teoría social no puede utilizar a su destinatario como instrumento de validación. Esto se produciría cuando la teoría social, al movilizar ciertas respuestas emocionales o ciertos cálculos de interés en su destinatario, transformaría a éste en la dirección con que la teoría presumía retratarlo. Según Heller, de este modo, la teoría contendría graves problemas morales –convertiría a su destinatario en objeto de manipulación– y teóricos –la teoría sólo sería verdadera para su destinatario y para nadie más–. Desde un punto de vista exclusivamente teórico, la advertencia de Heller puede tener sentido. Indudablemente, no tiene ninguna relevancia desde el punto de vista del conocimiento práctico. Toda forma de conocimiento que pretenda influir sobre la realidad, cuenta con que sus destinatarios cambien las formas de conciencia sobre las que se sostenía su comportamiento rutinario. De ese modo, cambiarían las condiciones iniciales sobre las que se sostendrían las leyes constatadas y con ello la existencia real de las mismas en la configuración real que el conocimiento aplicado consigue trastornar.⁸

Por tanto, todo conocimiento sobre el mundo social puede ser *también* instrumento de transformación del mundo social. La cuestión es de sobra conocida, pero merece la pena que me detenga un momento en ella. Como se sabe, Austin fue quien la caracterizó con mayor acierto. Existen, explicaba Austin, dos tipos de enunciados. Unos, a los que llamó constatativos, describen un estado de hecho. Otros, a los que denominó performativos, no sólo dicen algo; sobre todo, lo realizan. Los primeros, enunciados constatativos, pueden ser verdaderos o falsos. Los segundos, enunciados performativos, afortunados o desafortunados (Austin, 1990).

Los enunciados que describen la realidad social pueden, además, configurarla. Las palabras pueden ser creídas o no por quienes las escuchan y de esa manera acomodarse o no a ellas. Un enunciado (por ejemplo, “los empleados forman parte de la clase trabajadora”) puede convertirse en afortunado si y sólo si desencadena un proceso de identificación por parte de aquellos cuya condición pretende describir. Por tanto, en ese momento un

que no enriquece la geología haciendo ingeniería o que no produce sociología o psicología practicando trabajo social.

⁸ Habermas (1989: 171-172) explicó esta cuestión al estudiar la arquitectura de las que denominó ciencias sociales críticas. Éstas –en las que en aquel tiempo Habermas incluía al psicoanálisis o a la economía política– no sólo constatan la existencia de regularidades sociales. También se preguntan si nos enfrentamos con invariantes de la vida social o con relaciones ideológicas congeladas por sistemas de poder pero susceptibles de cambio. La crítica de las ideologías cuenta con que esa operación desencadene un proceso de reflexión que modifique las condiciones de realización de semejantes leyes.

⁹ Véase Bourdieu (1985).

¹⁰ Otto Neurath (1974: 96) lo explicó con claridad meridiana: “En astronomía carece de importancia el que alguien escriba una predicción o no. Las predicciones hechas por los hombres de Estado pueden considerarse generalmente como mera información sobre sus propias intenciones; en cuanto a los hombres de Estado muy poderosos, su posición puede implicar el que sean capaces de predecir sus propias acciones y el resultado de

enunciado científico actualiza la realidad que presumía constatar. Cualquier enunciado performativo puede contener un enunciado constatativo futuro.

Para que un enunciado performativo se transforme, en el futuro, en un constatativo tiene que tener un sistema de instituciones que lo amparen. Por tanto, para dilucidar la verdad de cualquier enunciado científico sobre el mundo social hay que tener en cuenta dos cuestiones. En primer lugar, la fuerza institucional del que profiere el enunciado. En segundo lugar, la capacidad que tiene el enunciado de movilizar ciertas conductas que contribuyan a realizarlo: esta capacidad depende del modo en que la autoridad institucional consigue conquistar los cuerpos y las voluntades del o de los destinatarios del enunciado.⁹ La referencia a la ciencia es un poderoso instrumento de imposición de visiones del mundo y de activación de conductas coherentes con las mismas. No es extraño, que los profesionales –psicólogos, médicos, nutricionistas, trabajadores sociales- se reclamen a menudo de ella. Los juicios performativos tienen en la referencia a la ciencia un instrumento de primer orden para transformar sus aserciones en realidad.

Cualquier práctica de movilización política o de tratamiento terapéutico se encuentra confrontada, a poco de reflexividad que emplee, con el problema de las condiciones sociales de su validez y de su realización. En ese momento, la cuestión de la manipulación –tal y como la formulaba Heller- adquiere un nuevo semblante. Dada una situación concreta de interacción, los individuos pueden producir en otros individuos una representación de sí mismos y una conducta práctica que confirme en la realidad, algo que una teoría les ofrecía como si fuese un espejo de su condición. Seguramente, una de las más estimulantes reflexiones sobre el asunto, se encuentra en la teoría de la transferencia analítica. Una relación analítica contendría una posición subjetiva privilegiada –la del analista- y una demanda subjetiva de aclaración y ayuda. Esa demanda otorga al analista un saber supuesto. De este modo, el analista gozaría del poder institucional de definir cuándo el paciente se comporta de acuerdo a lo real y cuándo se columpia en los excesos de la ilusión. Una cura analítica que no se precaviera contra ese poder sería poco más que la imposición de las normas de percepción y juicio de la realidad que tiene la posición privilegiada en la relación de cura -en el caso, el analista-. Sin embargo, sin ese poder transferencial, decía Freud, ninguna relación terapéutica podía desencadenar la más mínima modificación de la realidad subjetiva. Detrás del angelical deseo de no utilizar jamás el poder, pacen los pusilánimes:

“Cierto es que el análisis se presta a abusos en diversas formas y que la transferencia constituye un instrumento peligroso entre las manos de un médico poco concienzudo. Pero ¿Conocéis acaso un método o un procedimiento terapéutico que no se presta al abuso? El bisturí tiene que cortar bien si quiere convertirse en un instrumento de curación“(Freud, 1993: 2411).

Para acabar con este punto. ¿Existen enunciados científicos que puedan guiar los procesos de intervención en la realidad social? Si por ciencia entendemos un sistema de saber libre de determinaciones sociopolíticas y de interrogantes éticos, la respuesta es no.¹⁰ Y ciertamente, cuando se reclama un mayor contenido científico al trabajo social, no parece reclamarse una mayor conciencia política o sociológica crítica -informada por las ciencias sociales- ni una mayor formación en los dilemas de filosofía moral. Imagino las mismas”.

que si así fuera, se diría. Y no se dice.

LO QUE SE JUEGA EN LA CUESTIÓN EPISTEMOLÓGICA

Utilizaré una categorización de los tipos de objetos que se construyen en la práctica del trabajo social. A través de esta categorización intentaré dilucidar cual es la lógica a la que obedece la demanda de ciencia por parte de los profesionales del trabajo social.

En primer lugar, el trabajo social se realiza sobre individuos. Individuos transformados en sujetos de una ayuda, valga la redundancia, individualizada. Este trabajo sobre la dimensión subjetiva tiene dos vertientes. Primera, la que se realiza con los clientes del trabajo social transformados en beneficiarios de una práctica clínica o de trabajo social de casos en su acepción más tradicional. A esta primera vertiente hay que añadirle una segunda que incluye el trabajo de autoformación y autoanálisis personal de los trabajadores sociales, y del que procede un discurso sobre el “saber-ser” del trabajador social presente en la profesión desde el comienzo de la misma. Sin este trabajo de autoformación y autoanálisis, los riesgos del trabajo profesional resultan difíciles de soportar -más adelante volveré sobre ello-.

La referencia a la ciencia en este trabajo tiene un sentido evidente. Situado en los límites de la práctica religiosa de la confesión y el adoctrinamiento individual, el amparo de alguna escuela psicológica se convierte en condición de posibilidad de cierre profesional y de delimitación de la propia esfera de acción.¹¹

En segundo lugar, el trabajo social intenta influir en las esferas de la sociabilidad cotidiana: trabajo de barrios, impulso de la vida asociativa, de grupos de jóvenes, de mujeres, etc. En este terreno, el conflicto con los no profesionales es máximo y los efectos del trabajo social difíciles de discernir. La utilización del lenguaje sociológico o psicológico permite desmarcarse de los concurrentes procedentes del voluntariado, la militancia política, asociativa, etc.

En tercer lugar, el trabajo social se ocupa también de la gestión de los derechos sociales, de la integración y prevención de la delincuencia, del urbanismo, etc. En suma, los objetos de los que se ocupa son los de la sociabilidad pública definida y garantizada por la administración. El trabajo social se enfrenta en este ámbito a la concurrencia del militante y del cargo público. La insistencia en la consideración de los sujetos, de sus peculiaridades innegociables, del necesario respeto a su subjetividad, tanto como la insistencia en las raíces sociales de cualquier posibilidad de cambio y, por tanto, de la relevancia de las dinámicas de la sociabilidad cotidiana, permite desmarcarse del discurso estandarizado del burócrata o de la exigencia perentoria del militante político. En ese momento, el trabajo social acude a los recursos argumentativos que le proporcionan los otros dos tipos de objetos antes mencionados. En este territorio del trabajo social, el recurso al lenguaje científico permite resguardar las condiciones de profesionalidad frente a la intervención del campo político -sea el cargo público o el militante-.¹²

Ninguna de las actividades realizadas alrededor de estos tres objetos sale del segundo

¹¹ De hecho, las transiciones entre el campo religioso y el de la acción social son constantes (Bourdieu, 1996: 103-104).

¹² Esta conceptualización de los tres objetos de la práctica profesional está tomada de Chauvière (1997a: 350-352).

¹³ Por ejemplo, la reivindicación del trabajo social como centro de coordinación de las otras profesiones sociales amparándose en una supuesta capacidad globalizadora respecto a los diferentes sistemas de protección social (Barbero, 2002: 99).

modo de producción del conocimiento al que me referí más arriba. En ellas, la referencia a la ciencia o al carácter “técnico” de la acción sirve para resguardar las fronteras profesionales y para reivindicar un lugar privilegiado en la competencia por el mercado existente entre las distintas profesiones sociales¹³ y entre los profesionales y los no profesionales. Por inapropiada que sea desde un punto de vista teórico, una cierta demanda de legitimación epistemológica surge pues de los lugares matriz de la práctica profesional. Lugares en los que la impugnación de la palabra profesional constituye la experiencia cotidiana de los trabajadores sociales: la referencia “científica” y el prestigio que proporciona es una condición para que el bisturí esté afilado. Una demanda tan comprensible como, por las razones que expliqué en el primero y el segundo de los apartados, imposible de satisfacer desde el punto de vista teórico.

Sin embargo, la demanda epistemológica de los trabajadores sociales no incluye sólo la referencia científica. El discurso crítico y deconstructivo acampa a menudo entre los profesionales –el éxito de la reconceptualización en trabajo social fue conjugar la referencia científica rigurosa (en la época el “marxismo” pasaba por tal) con la crítica iconoclasta de las prácticas profesionales-. ¿A qué obedece esta ambivalencia? Intentaré explicarlo.

El trabajo social se mueve, en sus diferentes objetos de intervención, entre dos polos. Un primer polo estaría constituido por la integración normativa de los sujetos. Esta integración normativa se ejerce convirtiendo las necesidades de los sujetos en demandas socialmente administrables: el “trabajo social de caso” lo hace tanto como la gestión de un programa de vivienda pública. Un segundo polo se configuraría alrededor de la relación interpersonal: en ella las exigencias normativas quedan corregidas en el curso de una interacción que adopta, en ocasiones, senderos imprevistos. Evidentemente, la relación interpersonal no es un ámbito de indeterminación y libre de dominio.¹⁴ Entre los dos lugares de la relación profesional siempre hay una distribución desigual de recursos y de control. Lo que interesa subrayar, es que sin una práctica relacional no codificada –sea por normas burocráticas¹⁵ o por mecanismos de evaluación mercantiles¹⁶- resulta difícil pensar que se realiza trabajo social. Si el primer polo, acerca al trabajo social a las profesiones normativas estatales –por ejemplo, los jueces-, el segundo polo lo aproxima a las profesiones liberales –por ejemplo, los abogados-. Este segundo polo, impone al trabajo social una acción pedagógica no garantizada institucionalmente en la que el profesional debe “conquistar” a su clientela en cada momento y con ello ganar las condiciones de su éxito (Bourdieu y Passeron, 1970: 79-80).

Ambos polos se corrigen mutuamente y se completan: entre ellos se dibujan los perfiles de las prácticas de trabajo social.¹⁷ El primero proporciona al trabajo social una garantía administrativa de competencias y le señala objetivos específicos de reproducción del orden social. De este modo, el trabajo social se constituye como profesión, enfrenta la concurrencia de los no profesionales y se otorga un lugar social estructural. El segundo

¹⁴ La idea de que en la interacción singular no existen estrategias o posibilidades de capitalización (Autés, 2000: 264) me parece sociológicamente un disparate. Véase sobre la interacción como mercado lingüístico Bourdieu (1985: 40-62).

¹⁵ La crítica contra la burocratización y los automatismos profesionales responde a este impulso por ser algo más que una “oficina expendedora de recursos” (Barbero, 2002: 124).

¹⁶ La terciarización del trabajo social que le colocaría como simple gestor de servicios (un individuo interviene sobre otro para procurarle un beneficio mediante una actividad determinable económicamente) escamotearía, según Chauvière (1997b: 11-12), los valores de uso que la práctica profesional aporta más allá

polo le impone la ganancia constante de una clientela cuya demanda raras veces se acopla sin dificultad a la oferta de bienes relacionales que le proporcionan los profesionales. Gracias a esta actividad relacional, el trabajo social se diferencia de la simple gestión de recursos administrativos, económicos, pedagógicos o de salud. El discurso antiburocrático -perenne en los medios profesionales- ofrece una buena muestra de ello. Sin embargo, la gestión relacional de las intersecciones entre el orden sistémico y los individuos¹⁸, arroja al trabajo social a una posición de permanente desequilibrio. La indeterminación de la demanda, que permite al trabajo social definirse frente a las profesiones educativas, sanitarias o jurídicas, coloca a la actividad profesional en una posición estructuralmente incómoda: en demasiadas ocasiones su “clientela” reclama algo distinto a lo que le dan o encuentra un “servicio” que no había demandado o un apoyo que no cree necesitar.¹⁹

Para comprender este desequilibrio, puede recurrirse -con muchísimas precauciones- a una figura sociológica que Ervin Goffman definió con mucha fortuna. Para otorgarle un sentido en mi argumentación, necesito desarrollarla un poco.²⁰

Según Goffman, cuando se abusa de alguien, existe un peligro. El individuo del que se ha abusado puede enfadarse y perseguir a los individuos que se han conjurado contra él. Por tanto, toda banda de truhanes tiene necesidad, primero, de encontrar pánfilos a los que estafar y, segundo, de calmarlos una vez que la estafa se ha producido. Goffman llama “moderador” al individuo que se encarga de calmar al pánfilo.

Después de definir este modelo formal de juego -en el cual actúan unos compinches, un pánfilo y uno de los compinches (moderador) que se encarga de calmar al pánfilo- Goffman se pregunta si no existen estructuras sociales encargadas de consolar a los individuos que cultivaban esperanzas que no se han realizado y que, debido a ello, no pueden mantener una representación estimable de sí mismos. Tales individuos serían una suerte de pánfilos

de los contenidos administrativamente fijados o mercantilmente valorizados. Creo que la diferencia específica del trabajo social respecto de los tipos de bien que se producen en el sector servicios no puede encontrarse en este punto. Como se sabe, el sector servicios es remiso a todo proceso de estandarización y racionalización total (Offe, 1992: 277): los servicios estandarizados y articulados según criterios de rentabilidad exclusivamente económica se transforman en servicios empobrecidos (un mejor servicio personal nunca puede desarrollarse sin una cantidad mínima de tiempo) y socialmente degradados (un toque de diferenciación es fundamental en los servicios: servicio sin solicitud, sin que sea vivido como resultado de una prestación única e intercambiable, es un servicio masificado y burocratizado). Pese a ello, El problema al que se refiere Chauvière es real y está en lo siguiente. Cuando la gran mayoría del trabajo asalariado ha dejado de fijarse de forma taylorista, un cierto discurso “técnico” y “racionalizador” comienza a extenderse en trabajo social, embozado a menudo en criterios “científicos” y de “eficacia”. Véase Autés (1999: 236).

¹⁷ Para este desarrollo, me he inspirado -sin seguirla en todos los puntos- en Verdès-Leroux (1978: 101-105).

¹⁸ El trabajo social “ocupa constantemente una posición fronteriza con el conjunto de los otros campos de la sociedad. Lejos de ser disfuncional, esta fragilidad constituye el resorte mismo de la eficacia del trabajo social. Así, lo médico-social, en vinculación con lo médico y las problemáticas del hándicap, lo reeducativo en el borde de la justicia y la protección de los individuos, la ayuda social como límite de los sistemas de seguros, pero se puede citar también toda una serie de otras fronteras: con el ocio, el deporte, la formación, la seguridad, etc.” (Autés, 2000: 251). La queja de ciertos trabajadores sociales respecto a la existencia misma de los servicios sociales se comprende bien ahora. El trabajo social actúa donde los diferentes mecanismos de integración social son incapaces de funcionar: su existencia misma debería, para cierta conciencia crítica desarrollada por los profesionales, ser provisional. Véase sobre esta queja Barbero (2002: 122).

¹⁹ Esta necesidad de redefinición permanente de la demanda, que permite una amplia variedad en la oferta profesional, explicaría la atracción sociológica de los oficios ligados al trabajo social sobre ciertas fracciones

“sociales”, víctimas de compinches concretos -por ejemplo, el empleado que cree que para progresar basta trabajar bien y no hacerle la pelota al jefe- o estructurales -personas que comprenden que no pueden lograr aquello que socialmente se le decía que estaba al alcance de su mano: por ejemplo, un trabajo-. Y esos pánfilos necesitan moderadores que los calmen.

En general, calmar a una persona es algo que puede realizarse convenciéndola de que el rol que esperaba puede ser sustituido por otro igual de ventajoso. El moderador tiene, en todos los casos, que cuidarse de que el pánfilo no se concentre en la esperanza que le ha sido burlada. Así, el moderador anima al pánfilo para que comience a cultivar esperanzas alternativas. Pero existe, apunta Goffman, una situación especialmente crítica. Algunas personas que han padecido un golpe en una esfera de la vida social, entran en crisis en todos los ámbitos de la existencia. Por tanto, no hay roles sociales alternativos con los que proveer al pánfilo para que se calme. En ese momento, dice Goffman, el pánfilo comienza a funcionar mal en todo el dispositivo de posiciones que le ofrece el orden social. Por ello, dice Goffman, cuando el pánfilo se revuelve sin mantener ninguno de los roles sociales prescritos, se habilita una figura de moderador específica: el psicoterapeuta. Éste se encarga de calmar al pánfilo intentando elaborar un nuevo sistema de expectativas que sean socialmente admisibles y a la vez diferentes de las esperanzas defraudadas que advirtieron al pánfilo de su desagradable condición.

Sin duda, este trabajo relacional y de acompañamiento se parece mucho al que desarrollan los profesionales del trabajo social. Y su carácter bifronte, explica mucho de la ambigüedad estructural de sus prácticas profesionales. Por un lado, muchas prácticas profesionales sólo sirven para proporcionar un lugar a aquellos que las desempeñan y para entretener en actividades irrelevantes a los individuos a las que dicen estar destinadas. El análisis de las prácticas de inserción profesional realizado por Mauger (2001) especifica bien una situación similar a la descrita idealmente por Goffman: un conjunto de pánfilos -los individuos que se integran en dispositivos, infructuosos desde el punto de vista laboral,

de clase. Así, el trabajo social ofrecería la posibilidad de reconvertir a bajo costo académico las capacidades de relación o de cultura adquiridas en el espacio social externo a la profesión. En ese sentido, constituiría un sector especialmente apetecible para ciertas fracciones de las clases medias que poseen sobre todo un capital político y relacional así como un capital cultural incorporado (“forma de ser”, “capacidad de liderazgo”, “carisma”) socialmente valorado. La matriz de este análisis se encuentra en Bourdieu (1991: 358-369) y fue empleado como tesis general para analizar el trabajo social en Verdès-Leroux (1978: 9). El valor teórico general de esta hipótesis es discutible: los distintos ámbitos del trabajo social tienen formas de densidad institucional y de codificación administrativa muy diferentes. En cualquier caso, esta tesis permite análisis sociológicos de mucha hondura como los realizados por Muel-Dreyfuss (1983: 145-198) para el oficio de educador de calle (para el que este análisis funciona especialmente bien).

²⁰ El objetivo por el que utilizo el modelo de Ervin Goffman es iluminar una de las estructuras presentes en la práctica profesional de la que surge la demanda epistemológica. Asimilaré el trabajo social al papel de moderador. No olvido que el modelo de Goffman sirve hasta un punto: el trabajo social no sólo apacigua, también pretende transformar la realidad en la que interviene.

²¹ “Hay que hacer la hipótesis de que estamos vinculados por lazos sentimentales: aceptar ser apaciguado, sea cual sea la importancia de la pérdida sufrida, es para el moderador, eliminar toda identificación emocional con la pérdida; pero, si el pánfilo no puede digerir el perjuicio y si, de una manera u otra, continua estando personalmente desorientado, entonces el moderador no puede impedir sentirse culpable y preocupado por su desarraigo. Es este sentimiento de culpabilidad -esta pequeña dosis de compromiso con los sentimientos del otro- lo que vuelve la tarea del moderador tan desagradable cada vez que se impone. Es esta incapacidad para

que los convierten en lo que Robert Castel (1997: 438) llama “insertados permanentes”-, una estructura de compinches –los poderes públicos y privados que achacan el desempleo a la falta de formación- y un conjunto de individuos que los calman –los profesionales de unos dispositivos de inserción que sólo sirven para insertar a los insertores-.

Pero como Goffman puntualizaba, en muchas ocasiones, el moderador se ve confrontado a identificarse con el dolor y el desarraigo del páñfilo. Y eso sucede a menudo en las prácticas de trabajo social y, sin duda, es lo que la vuelve una profesión extremadamente crítica consigo misma.²¹ En ese sentido, el profesional del trabajo social se caracteriza por poner permanentemente en juego no sólo sus competencias profesionales sino su propia subjetividad en la confrontación con las experiencias sociales más desgarradoras. Como ha escrito con precisión Michel Autés:

“Las situaciones de intervención son constantemente situaciones que llevan a los límites, a las desviaciones de las normas, a la injusticia, al sufrimiento del otro, a su existencia como sujeto hasta cuestiones existenciales que tocan los aspectos más sensibles de la condición humana. El reencuentro con la locura, el maltrato, el abuso sexual, la violencia, la destrucción de sí forma parte del trabajo cotidiano y lleva en él los riesgos y los peligros que marcan la especificidad de las relaciones que escapan a la civilidad ordinaria. Sin la consideración de esta dimensión y de sus consecuencias sobre las condiciones de ejercicio de este tipo de oficios, no solamente uno se expone a no comprender las coacciones que pesan sobre aquellos que los ejercen, también expone igualmente a estos últimos a asumir por cuenta propia los peligros y los riesgos” (Autés, 2002: 264).

Se comprende que, en tal situación, la profesión de trabajo social se balancee entre una más o menos satisfecha autocomprensión “técnico-científica” y una terrible autocrítica y puesta en cuestión. Como explicó Foucault –pero quizá por razones distintas a las que pergeñó-, los dispositivos de reeducación están continuamente en crisis: ésta les acompaña desde su nacimiento.

Una vez analizado el papel de la demanda epistemológica en el mundo de los profesionales, me concentraré en cómo se configura la oferta en el mundo académico. Para que el análisis fuese sociológicamente convincente, habría que estudiar en cada momento las configuraciones específicas de la oferta y la demanda, algo que excede este trabajo. Me concentraré en unas pinceladas sobre una configuración histórica de relación entre demanda de epistemología y oferta de discursos para ofrecer un ejemplo de lo que quiero decir.

Durante los años setenta, la composición social del trabajo social cambia lentamente. La profesión conoce una masculinización creciente y sus miembros dejan de reclutarse

permanecer insensible ante el sufrimiento del otro cuando viene a llamar a tu puerta, la que hace que esta tarea sea un trabajo sucio” (Goffman, 1969: 296-297).

²² Los defensores del trabajo social radical tenían las siguientes características: más jóvenes, con mayor titulación, de extracción social más elevada, con contactos y salidas internacionales y eran fundamentalmente mayoritarios en los centros de formación de trabajadores sociales (Estruch y Güell, 1976: 167-168, 250-251). En ese sentido, el discurso de innovación radical del trabajo social se gestaba en el mundo académico, en el que el izquierdismo era una ideología que procuraba rentables efectos de mercado para los estudiantes procedentes de las posiciones más privilegiadas. Véase sobre esta cuestión Bourdieu (1984: 219 y 1989: 28-29).

²³ Algo que si sucedía en Francia, donde en condiciones muy similares –transformación sociológica de la

mayoritariamente entre mujeres, muchas de ellas célibes y de procedencia religiosa. Un ansia nueva de revalorización profesional (desmarcarse de las asistentes sociales y de la caridad) acompaña esta transformación del contingente profesional. Una demanda de reactualización del oficio y de rechazo del antiguo patrimonio profesional comienza a adquirir peso en los sectores más innovadores.²²

Este anhelo encuentra rápidamente un producto que lo calme. Debido al escaso capital cultural de los trabajadores sociales de la época —es significativo que los principales discursos sean de carácter político-administrativo y desarrollados por profesionales que eran a su vez cuadros políticos— y a la ausencia de una fracción autóctona intelectual interesada en el trabajo social,²³ la oferta de bienes de salvación llegó desde el exterior. Fundamentalmente, Latinoamérica.

El discurso de la reconceptualización combinaba una ideología izquierdista con un marchamo científico y profético: “Hay que refundar el trabajo social con un corte epistemológico”. Un estudio de las producciones intelectuales de la reconceptualización y una sociología de los productores ayudaría a comprender cuatro cuestiones. Primero, cómo unos agentes dotados de un cierto capital intelectual y relativamente al día de los movimientos de los lugares dominantes en la producción internacional de ideas —sobre todo París— se encuentran dispuestos a permanecer en una disciplina que proporciona un valor intelectual tan precario como el trabajo social o a reconvertirse desde sus disciplinas de origen hacia el trabajo social.²⁴ En segundo lugar, cómo consiguen conectar con una demanda profesional y qué tono específico dan a sus discursos delante de los diferentes públicos (la referencia científica puede funcionar muy bien, incluso en ambientes “conservadores”, aunque venga facturada a través de una jerga marxista althusseriana). En tercer lugar, cómo evoluciona ese grupo de productores debido, por un lado, a los conflictos entre sí —fundamentales para definir un lugar propio en el campo de productores— y a la visión que se fabrican de los movimientos de su clientela. En cuarto lugar, qué réditos culturales, políticos y académicos lograron con su dominio temporal de las producciones discursivas en trabajo social (puestos académicos, clientelas estables para cursos de formación, puestos políticos, etc.).

Por supuesto, estaría bien interrogarse qué produjeron tales discursos desde el punto de vista de la renovación efectiva de las prácticas. Es difícil evaluarlo, aunque no hay por qué sorprenderse de que produjeran muy poco de nuevo. El mundo académico responde a la demanda de ciencia a su manera. Sobre todo, enseñando la lección a los profesionales

profesión, necesidad de demarcación de un oficio feminizado y de tamiz religioso, demanda de una profecía crítica— un sector relevante de la vanguardia filosófica francesa invirtió en el trabajo social como objeto de referencia intelectual. Esta inversión tuvo el efecto de convertir al trabajo social en una disciplina legítima para la consideración intelectual, una vez que pasó el periodo de furor izquierdista. Evidentemente, y pese a gozar el trabajo social de titulación universitaria, tal proceso no ha sucedido en España. Sobre esta cuestión he escrito dos informes de trabajo aún no publicados (Moreno Pestaña, 2002a y 2002b).

²⁴ La reconversión desde disciplinas más nobles a otras menos cotizadas en el mercado académico es una trayectoria que han seguido muchos renovadores científicos e intelectuales. Al llegar a la disciplina de destino, los renovadores introducen un mayor capital cultural y una más amplia ambición teórica (Bourdieu, 2001: 133-134). Esta fecundidad en las relaciones entre miembros de diferentes disciplinas no acaece siempre. Analizando los congresos de la asociación nacional de asistentes sociales francesa (A.N.A.S.), Verdès-Leroux (1978: 69-71) mostraba cómo la intervención de personalidades intelectuales y políticas en ellos servía, primero, para otorgar prestigio a la profesión —que merecía la atención de ciertas “personalidades”— y, segundo, para proporcionar a tales personalidades un capital de reconocimiento que utilizar en su propio dominio intelectual y profesional así como una fuerte capacidad de incidencia en el mercado de los asistentes sociales (un mercado utilizable como

de la práctica: el problema del trabajo social se encuentra en su culto a la experiencia, en la obsesión por la inmediatez, o en la ausencia de investigación. Si los entornos profesionales producen una demanda de legitimación epistemológica, el mundo escolar no hace otra cosa que intensificar la relación de carencia que subyace a la misma. El curioso problema de los profesionales es, según los académicos del trabajo social, el de ser agentes implicados en tareas prácticas e inmediatas y, por tanto, no ejercer de científicos. Esa respuesta se materializaba durante la época de las invitaciones a la ruptura epistemológica althusserob achelardiana y se sigue dispensando hoy. Como muestra de esta distorsión escolástica del mundo, basten las siguientes palabras presentes en un trabajo por lo demás muy sólido:

“A la luz de la debilidad del Trabajo Social en la producción de conocimientos, la sobre valoración de la experiencia por parte de los trabajadores sociales toma un nuevo sentido: se valora el capital que se tiene (aquel que es útil a la hora de tomar decisiones). La sobre valoración de la experiencia puede aparecer entonces como efecto razonable ante la debilidad del conocimiento científico y no como acto de mala fe” (Barbero, 2002: 130).

La epistemología del trabajo social tiene y tendrá un lugar en el mundo académico, independientemente de su relación teórica con la práctica que presume pensar. La epistemología del trabajo social sirve, en primer lugar, como condición de demarcación frente a disciplinas afines y, en segundo lugar, como instrumento de imposición de determinadas visiones de la disciplina en el interior del campo de discursos sobre el trabajo social.

En el interior del campo de discursos sobre el trabajo social, la epistemológica es una posición discursiva rara. Debido que requiere un cierto capital filosófico, la epistemología es un espacio relativamente reservado a dos tipos de agentes. En primer lugar, a aquellos que adquirieron ese capital en el origen de su trayectoria. El trabajo social es un entorno disciplinar extraordinariamente acogedor para los agentes que se reconvierten desde disciplinas superiores: entre ellas, la filosofía. El discurso filosófico encuentra además en el trabajo social, como ya he señalado, una demanda epistemológico-existencial que está especialmente bien armado para satisfacer. En segundo lugar, como sucede en las ciencias sociales, la consagración académico-institucional parece requerir una cierta producción epistemológica sobre los fundamentos de la disciplina.

Sin embargo, no conviene confundirse. El capital filosófico en trabajo social tiene la particularidad de gozar de un cierto crédito académico –la filosofía es una disciplina noble por antonomasia, situada en la jerarquía de los saberes humanístico-sociales- y de instrumento de lucha para las necesidades de su propio campo). Que los discursos que mantenían tales “notables” fueran intelectualmente útiles para el trabajo social, era algo que no parecía preocupar mucho.

25 Véase Bourdieu (2001: 110-123).

proporcionar un escaso rédito en el mundo político-administrativo. Toda disciplina teórica se divide internamente entre detentadores de capital cultural y detentadores de poder administrativo sobre el campo de la disciplina (posesión de puestos académicos, acceso a recursos de investigación, control de lugares de publicación...).²⁵ En trabajo social, el poder recae abrumadoramente del lado de los poseedores de capital político-administrativo. El mundo político y administrativo, como se sabe, es el lugar de origen de buena parte de las carreras profesionales en trabajo social –el campo del trabajo social parece premiar la posesión de un alto grado de capital político y relacional-, posteriormente reconvertidas en carreras académicas. Además, el mundo político-administrativo configura un mercado suplementario para la actividad del profesor universitario. Por su naturaleza, la meditación epistemológica y de fundamentos se agota pronto en un mercado de discursos político y administrativo. Auténtico bien simbólico de distinción, recurso raro en un campo académico con escasa acumulación de capital cultural, la epistemología del trabajo social permite certificar a los consagrados pero ayuda poco a procurar el progreso de los pretendientes.

Cabe esperar, en cualquier caso, que no siempre pueda decirse de la epistemología del trabajo social lo que Jean-Claude Passeron señalaba sobre los sociólogos cuando se ponían a hacer la epistemología de su disciplina: se tiene la impresión de que fundamentan algo totalmente distinto de lo que hacen realmente cuando practican buena sociología.

BIBLIOGRAFÍA

- AUTÉS, M. (1999), *Les paradoxes du travail social*, Paris, Dunod.
- AUTÉS, M. (2000): « Les métamorphoses du travail social », en J.N. CHOPART (sous la direction de), *Les mutations du travail social. Dynamiques d'un champ professionnel*, Paris, Dunod ; 249-265.
- ARISTÓTELES (1996): *Moral, a Nicómaco*, Madrid, Espasa-Calpe.
- AUSTIN, J. (1990): *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós.
- BARBERO, J.M. (2002), *El trabajo social en España*, Zaragoza, Mira.
- BOURDIEU, P. (1984): *Homo academicus*, Paris Minuit.
- BOURDIEU, P. (1985): *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal.
- BOURDIEU, P. (1988): *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- BOURDIEU, P. (1989): *La noblesse d'État. Grandes écoles et esprit de corps*, Paris, Minuit.
- BOURDIEU, P. (1996), “La disolución de lo religioso” en P. Bourdieu, *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa; 102-107.
- BOURDIEU, P. (1997): *Méditations pascaliennes*, Paris, Seuil.
- BOURDIEU, P. (2001) : *Science de la science et réflexivité. Cours au Collège de France 2000-2001*, Paris, Raisons d'agir.
- BOURDIEU, P., PASSERON, J-C., (1970) : *La reproduction. Eléments d'une théorie du système d'enseignement*, Paris, Minuit.
- CASTEL, R. (1997) : *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Barcelona,

Paidós.

CHAUVIÈRE, M. (1997a): "Le traitement social de la question social", *Sociétés & Représentations*, 5 ; 339-354.

CHAUVIÈRE, M. (1997b): "Quand le marché hante le social !", en *Les Cahiers de l'Actif*, n° 254-255 ; 5-18.

ESTRUCH, J. y GÜELL, A. (1976): *Sociología de una profesión. Los asistentes sociales*, Barcelona, Península.

FREUD, S. (1993): *Lecciones de introducción al psicoanálisis. Obras completas. Volumen XII*, Barcelona, Orbis.

GIBBONS, M. et alii, *La nueva producción del conocimiento. La dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades contemporáneas*, Barcelona, Pomares-Corredor.

GOFFMAN, E. (1969): "Calmer le Jobard. Quelques aspects de l'adaptation à l'échec", en VV. AA., *Le parler frais d'Ervin Goffman*, Paris, Minuit ; 277-300.

HABERMAS, J. (1989): *Conocimiento e interés*, Madrid, Taurus.

HELLER, A. (1998): "De la hermenéutica en ciencias sociales", en A. Heller y F. Féher, *Políticas de la postmodernidad. Ensayos de crítica cultural*, Barcelona, Península.

MAUGER, G. (2001): « Les Politiques d'insertion. Une contribution paradoxale à la déstabilisation du marché du travail », en *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 136-137 ; 5-14.

MERTON, R.K. (1985): *La estructura normativa de la ciencia*, Madrid, Alianza.

MORENO PESTAÑA, J.L. (2002a): « L'avant-garde impossible : la revue Champ Social », Documento de trabajo no publicado, Centre de sociologie européenne, Paris, 40 páginas.

MORENO PESTAÑA, J.L. (2002b): « « Situer ceux qui situent ». Esquisse d'une objectivation des effets de Bourdieu dans les discours sur le travail social dans les années soixante-dix », Documento de trabajo no publicado, Centre de sociologie européenne, Paris, 17 páginas.

MORENO PESTAÑA, J.L. (2004): « ¿Qué significa argumentar en sociología? El razonamiento sociológico según Jean-Claude Passeron », *Revista española de sociología (RES)*, n° 3 (en prensa).

NEURATH, O. (1974): *Fundamentos de las ciencias sociales*, Madrid, Taller de ediciones J. B.

MUEL-DREYFUS, F. (1983): *Le métier d'éducateur*, Paris, Minuit.

OFFE, C. (1992): *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*, Madrid, Alianza.

THUILLIER, P. (1988): "La science, phare ou lampe de poche?", VV.AA. *La théorie et le savoir dans l'acte du praticien*, Fédération nationale des comités d'entente et de liaison des centres de formation des travailleurs sociaux, Paris ; 45-86.

VERDÈS-LEROUX, J. (1978): *Le travail social*, Paris, Minuit.

